

San Feliu, sus calles, y unos detalles...

A los aficionados a los libros y al papelerío les ocurre lo mismo que a los profesionales de la literatura; aquellos como éstos suelen ver subir a su alrededor sin pausa ni desánimo un caudal de papel impreso que, cuando ya no cabe en las estanterías de la biblioteca, se desborda saliendo a los pasillos, internándose luego en todas las habitaciones ocupando las sillas, los divanes y los roperos, e inundando en su desafuero todos los ángulos de la casa.

Y, claro está, llega un día en que las ingentes columnas de volúmenes, revistas y papeluchos de todas clases, que se han prodigado como la hiedra, causan molestia. Su peso estropea los muebles, echándoseles a aquellos la culpa de que el polvo se introduzca en todos los rincones. Por consiguiente conviene descargar, seleccionar un poco. Y preciso será recurrir al librero *de viejo*, a este talentado negociante cuya elocuencia llegó en más de una ocasión a asombrarnos y seducirnos.

El librero *de lance*, con su vista de lince, congénere del erudito o del sábelotodo; dispuesto siempre al sacrificio, acoge silenciosamente aquella rémora, aunque no sin que deje uno de observar en él cierto aire despectivo, como si se tratase de cargar con una masa indivisible a la que se juzgara más bien por el tacto o por el peso de la misma, sin entrar en materia ni discriminar en lo más mínimo. Quien esto escribe mal que le pese a su modestia se ha visto ya en el trance de aceptar dos o tres libros a cambio de cincuenta, sesenta o más ejemplares, desahuciados. Este o parecido ajuste fué siempre el mejor remedio, bien que en el mismo no dejen por supuesto de influir las sabias razones del ladino negociante, que añora, ¡ay!, aquellos tiempos felices que permitían a los de su gremio conseguir los restos de edición en bonísimo papel, al precio de cuatro perras gordas el tomo.

He aquí, delante de mis ojos, una partida de ejemplares recién llegada a un puesto de libros de lance. Trátase sin duda de una de las infortunadas expediciones a que antes me he referido. Procede seguramente de alguna morada que necesitaba librarse de tanto papel inútil, abundando en la remesa las novelas. Según opinión de aquellos libreros, una novela cuando se ha leído no sirve para nada.

De dicha remesa he alcanzado con la vista dos volúmenes que no son novelas y que me seducen. Ambos resultan ser aproximadamente de la misma edad: cuentan unos setenta años. El que primero llega a mis manos me parece muy sabroso, ora por los cuentos, ora por las críticas y las semblanzas que contiene. En uno de sus capítulos lamentase el escritor de que vayan olvidándose, arrinconándose, muchas costumbres que dice recor-

dar con placer y tristeza al mismo tiempo: con placer porque el recuerdo rejuvenece, y con tristeza porque siente la nostalgia de aquello que desapareció. Procede guardar el *cliché* —añade el autor— preservándolo de todo riesgo. (Según el escritor de aquellos tiempos, aquel fin de siglo había vuelto a la gente enteramente al revés....)

El otro volumen que siguió también la suerte de las novelas, es un curioso tratado de anatomía pictórica (quien se acuerda ya de tales reglas) que casualmente (feliz casualidad) ha caído sobre una porción de hojas sueltas, mezcla de materias inconexas, entre las cuales sorprende a una echándose flores a las calles, plazas y paseos de la que fué ex-villa de San Feliu de Guixols.

El experto colega *Lupaxa* viene panegirizando a las mil maravillas las vías públicas de esta ciudad, y sobre ser esta materia tan prolija, la adoba con datos curiosos y otras particularidades que es un encanto. Respetando por mi parte la poesía que me proporciona la añosa hoja de mi librero, me limitaré a consignar que, según ella, hace unos setenta años, la villa de San Feliu tenía: 5 plazas, 4 paseos, 69 calles, 4 callejones, 9 travesías, 4 bajadas y un torrente.

Y, puesto que de calles y paseos estoy hablando, no he de desperdiciar el granito de sal que me ofrece a su vez un suelto publicado en uno de los primitivos semanarios de la localidad y según el cual existía en la época de marras en cierto establecimiento de la *Calle de los Arboles*, un foco o especie de tertulia nociva, que bien podía denominarse de los desocupados, donde se comentaban los actos públicos como los privados, en particular de las personas cuyo anhelo se concretaba a la defensa de los intereses de la localidad. Según dicha gacetilla, los asíduos concurrentes a aquella reunión despachábanse a su gusto con calificativos que denigraban a muchas personas de probada decencia y en particular a los redactores de dicho periódico.

Este centro de trapaceros fué al parecer durante muchos años privativo de la *Calle de los Arboles*, que era y sigue siendo una de las principales vías de la localidad, y entra por derecho propio en su historia; lo que no quiere decir que las demás calles, plazas, paseos, bajadas y callejones se viesan libres del peso de la murmuración, de la ambición o de muchas rarezas o excentricidades, porque todos ellos deben su existencia a los hombres y los hombres todos somos hijos de la misma levadura y del genio de la malicia, que nos legaron por herencia nuestros primeros padres.

J. Soler Cazeaux.